

# Discurso Opuesto a la Realidad

- ★ Magdalena Contreras Deja de ser Pulmón Ciudadino
- ★ Resulta más Barato Importar que Producir el Maíz
- ★ La Tala y la Erosión Avanzan en los Cuatro Puntos

LORENZO MEYER

Hoy, como nunca antes, en México el discurso oficial y el discurso ciudadano son ecologistas, pero esa preocupación teórica por mantener o restaurar en nuestro país el equilibrio entre los organismos y su ambiente, se refleja poco o nada en la vida cotidiana. Entre nosotros y a todos los niveles de responsabilidad, desde la autoridad máxima hasta el ciudadano común, la vieja cultura antiecológica sigue prevaleciendo sobre la nueva, sobre esa que busca detener y revertir el enorme daño causado a lo largo de siglos a nuestro ambiente por individuos, grupos e instituciones.

Paraseando el lema de un ex presidente, en México la destrucción ecológica somos todos, aunque en muy diferente grado, desde luego. Las autoridades que deberían encabezar el esfuerzo en pro de la ecología, han concentrado sus energías en el discurso y ciertas acciones espectaculares —cierre de la refinería 18 de Marzo, remodelación de Xochimilco, etc.— para convencer a los círculos de poder en Estados Unidos, de que México es un país ecológicamente responsable y digno de ser admitido como socio en

## Discurso Opuesto a la Realidad

*Sigue de la primera plana*

un Tratado de Libre Comercio (TLC). Sin embargo, en la vida cotidiana del México común, esta preocupación por la preservación del equilibrio ambiental, brilla por su ausencia.

Para dar base a la última afirmación, voy a echar mano de una experiencia personal, que, creo, es representativa. Hace un par de semanas decidí ir a un monte que está a un par de kilómetros de mi casa, ubicada en el sur de la ciudad de México, en la Magdalena Contreras. Se trata de unos montes de encinos, que pertenecen a una comunidad centenaria que hoy, para su mala fortuna, y por encontrarse a unos 25 Kms. de la Plaza de la Constitución, es ya parte de la gran mancha urbana. En este vecindario, que formalmente se encuentra catalogado como zona rural, convivimos, no sin malentendidos y fricciones, los habitantes nativos y los recién llegados, casi todos de clase media. Pues bien, ese pequeño pero bellissimo bosque de encinos y pinos que es, según oír decir, propiedad comunal, quizá esté viviendo los últimos momentos de su vida milenaria. En efecto, en ese monte hay aún corrientes de agua, pero ya en sus faldas, corre un arroyo que ya es una verdadera cloaca, un desagüe pestilente, un basurero a cielo abierto. En esa falda, la tala llevada a cabo para conse-

magueyes y milpa, es hoy la avanzada de la mancha urbana, pues tras la deforestación llegan las viviendas, improvisadas pero permanentes, que ninguna autoridad puede —o quiere— hacer algo para detener o dirigir en otra dirección. Así, esta zona boscosa de la Magdalena Contreras, al sudoeste del Valle de México, va dejando de ser el estupendo pulmón ciudadano que fue, para adquirir las características de las famosas favelas de Río de Janeiro: conglomerados de marginados colgados de las laderas de las alturas que rodean a la ciudad.

Dentro de lo poco que queda de ese bosque, está el enemigo inmediato: ¡el maíz! En pendientes de 20 grados, en medio del arbolado, como manchas cancerosas, se encuentran lunares de deforestación de aproximadamente un cuarto o media hectárea, sembrados de maíz. Así, en los límites de la mayor mancha urbana del planeta, alpreciado árbol, lo desplazan primero las magueyeras y luego el maíz. Sin embargo, me temo que ese triunfo de la gramínea milenaria —la planta sagrada de los antiguos mexicanos—, es temporal. Ya sin árboles, y si no se hace nada por evitarlo, el terreno que es hoy milpa pobre en medio del monte, pronto será desplazada por la construcción caótica de las avanzadas de la mancha

rrió, por ejemplo, a lo largo de la carretera del Camino al Ajusco, que de bosque de pinos pasó a desastre urbano en 15 cortos años.

Este maíz de temporal que hoy, en plena "modernización y globalización" de México, crece entre y a costa de los pocos encinos que sobreviven a la feroz destrucción ecológica del Valle de México —sembrado en pendientes que aseguran que en pocos años la erosión se habrá llevado la capa fértil creada y conservada durante siglos por los árboles—, ha de ser, sin duda, una de las gramíneas socialmente más caras de México y el mundo. En efecto, hoy en la ciudad de México, un bosque de encinos es un bien social cuyo valor, dada su escasez, es enorme. Cada elote cosechado en el lugar que hasta hace muy poco ocupaba un árbol, le sale a la sociedad capitalina a precio de oro. Pero como la sociedad, en su conjunto, no tiene quién efectivamente defienda su interés colectivo —en este caso el gobierno está ocupado en otras cosas— no hay más remedio que pagar ese precio; un precio brutal ahora y, sobre todo, en el futuro.

Se ha señalado que ahora sale más barato importar que producir el maíz que consumimos, pero que es necesario seguir subsidiando su cultivo porque hay una carencia de la población

campesina —los pobres entré los pobres— que no tiene ocupación alternativa.

Sin embargo, ese no pareciera ser el caso de quienes en la Magdalena Contreras, derriban árboles para vender su leña a un puñado de conciudadanos muy afortunados —esos con poca conciencia pero con muchos recursos para construir casas con chimenea en el Pedregal de San Angel y alrededores— para luego sembrar ese "maíz de oro" al que hice referencia. En efecto, estos depredadores de la naturaleza, hace tiempo que no viven ya de la agricultura, pues les sería imposible.

En la caminata por el cerro de que se trata, mis acompañantes y yo, nos topamos con una pareja de edad madura que, azadón en mano, iba a cultivar una de esas peculiares milpas en medio del bosque. Nos dijeron que ellos sólo subían al cerro el fin de semana, "para hacer algo", pues entre semana, el esposo trabajaba como electricista: ¡en Los Pinos! Nos dijeron también, que antes hacían carbón de encino, pero que "ahora ya no, pues ya no podemos cortar árboles". Sin embargo, la evidencia refutaba su afirmación, pues a nuestro alrededor estaban las huellas del desmonte reciente. En México, como en pocas partes, una cosa es que algo no se deba ha-

cer y muy otra que no se haga.

La destrucción ecológica, hay que admitirlo, se da en todos los países, pero en diferente grado, y sospecho que en el nuestro, esta destrucción es particularmente aguda. Sin ser, ni pretender ser, un experto en el tema, creo que hay por lo menos cuatro razones que explican la brutal destrucción del equilibrio ecológico mexicano: a) el pasado colonial, b) la corrupción e irresponsabilidad gubernamental, c) la pobreza y, d) la ignorancia y falta de responsabilidad de la sociedad en su conjunto.

El pasado histórico. México fue obligado a ingresar al sistema mundial en el siglo XVI, en calidad de colonia. Como una sociedad conquistada y derrotada, a la que se le impuso como propio un interés ajeno. Se trató de una colonia con una densidad demográfica relativamente alta, con estructuras sociales complejas, y rica en metales preciosos demandados en Europa. Esa combinación permitió al colonizador disponer de suficiente mano de obra nativa —incluso después de la gran catástrofe demográfica que siguió a la Conquista— para arrancar a la naturaleza sus metales —básicamente plata—, refinarlos y enviarlos a Europa a servir como medio para facilitar el intercambio comercial entre ese

continente y el resto del mundo.

La industria minera, y las actividades agrícolas y ganaderas que le acompañaron, fueron llevadas de una manera tal, que se convirtieron en grandes destructoras de la ecología. En la Nueva España, tanto los hombres como la naturaleza no tenían, a ojos del poder metropolitano, otra razón de ser, que su explotación en beneficio ajeno.

La Independencia no cambió la mentalidad colonial de las élites. El arranque de la industrialización en el siglo XIX, aceleró la deforestación de amplias zonas para conseguir el combustible de la nueva minería o exportar maderas preciosas a Europa. La posterior explotación del petróleo se hizo con el mismo espíritu depredador del pasado. En la actualidad, en vísperas de entrar al siglo XXI, y con una población seis veces mayor que la existente al principiarse el siglo, la forma en que el productor en México —sea nacional o extranjero, público o privado— se relaciona con el trabajo y con los recursos naturales, es en muchos casos similar a la que imperó en la Colonia: sacar el mayor provecho posible al hombre y a la naturaleza, en el plazo más corto, y cargando al ambiente todo el costo que sea posible. En la racionalidad del productor o propietario individual, la ma-

nera de maximizar su ganancia, es talar sin gastar en reforestar; descargar todos los desechos posibles al río y a la atmósfera o tirarlos a cielo abierto, para minimizar el costo de su recolección, procesamiento y traslado; usar el agua del subsuelo en las cantidades que lo requiera el cultivo o la fábrica, independientemente de la posibilidad de recuperación del manto freático, etcétera.

La corrupción. Es tarea y obligación de la autoridad, crear condiciones tales por la vía de reglamentos y de los impuestos y alicientes, que impidan a los intereses particulares entrar en contradicción con los intereses de la colectividad. Sin embargo, en México, el sistema político ha sido y sigue siendo básicamente irresponsable, es decir, que no tienen necesidad de responder ante nadie por las consecuencias de sus acciones y omisiones. La ausencia de instituciones políticas representativas, la inexistencia de una división efectiva del poder y, finalmente, la falta de ciudadanos reales y el exceso de súbditos, han dado forma a un ejercicio patrimonialista del poder. En ausencia de fuerzas sociales organizadas que les llamen a cuentas, los funcionarios a todo lo largo de la escala burocrática, encuentran altamente redituable, en vez de defender el interés colectivo, aso-

ciarse con el depredador de los bienes colectivos para participar directamente en la ganancia del talador, del contaminador, del especulador urbano y, en fin, de todo aquel que transforma en ganancia privada la destrucción del patrimonio nacional.

En México, se dice, en la práctica, es la élite política la que realmente controla la riqueza y no, como postulaban los marxistas, al contrario. Frente a un poder sin límites efectivos, el empresario sólo detenta una especie de concesión, que el poder político puede retirar en cualquier momento; y esto es tan válido para los empresarios de la televisión o la banca, como para el constructor o el fabricante. México, como es el caso de todos los países autoritarios, tiene un gobierno cómplice en la destrucción y no defensor del ambiente.

La pobreza simplemente empuja al que la sufre a aprovechar la oportunidad del aquí y ahora, sin tomar en cuenta consideraciones en torno del futuro y al costo colectivo. Si la tala y la quema permiten un provecho inmediato, por pequeño que sea, pues se tala, se quema y todo lo demás es lo de menos. Ante la necesidad de migrar del campo a la ciudad y encontrar un sitio donde levantar cuatro paredes y un techo, a nadie le importa —porque es un lujo que no puede darse—, el respeto

de, por ejemplo, la planeación y la preservación de las áreas verdes que se llaman "reserva ecológica". Por la buena o la mala, el recién llegado invade el terreno, busca la protección de algún líder local a cambio de un precio, construye con lo que puede y enfrenta a la autoridad con el hecho consumado. Esa autoridad, a cambio de regularizar lo que ya ocurrió, transforma al recién llegado en clientela política. El proceso se repite una y otra vez sin que pueda versele el fin, y nuestro patrimonio ecológico es una de sus principales víctimas.

La ignorancia y la irresponsabilidad abren mil caminos a la destrucción de los equilibrios naturales. La ignorancia está muy ligada a la pobreza, pero no exclusivamente. Desde luego la tala y la quema para sembrar maíz, como ocurre en muchas comunidades campesinas, por ejemplo, es un fenómeno tan ligado a la pobreza como a la ignorancia. Pero la des-

c  
v  
f  
|

trucción de enormes zonas de monte y bosque como gran proyecto gubernamental —tal como ocurrió en la Chontalpa—, es ignorancia ligada a la irresponsabilidad. La tala de un enorme fresno por un vecino para construir su barda es ignorancia, no pobreza, tirar la increíble cantidad de basura que se ve en nuestras calles, caminos y playas, es mera irresponsabilidad.

La conversión de la actual élite política al ecologismo, coincide sospechosamente con su necesidad de ganarse a un público norteamericano que no muestra gran entusiasmo por la firma de un Tratado de Libre Comercio (TLC) con su vecino pobre del sur. Hoy la política ecológica en México parece tener un origen similar a la supuesta defensa de los derechos humanos, a la cruzada contra la corrupción judicial o la propuesta del partido del Estado por reformar —por enésima vez— las increíblemente parciales reglas del juego

electoral: lograr el sí del Congreso norteamericano al TLC.

El discurso ecológico puede, bien manejado, tener efectos positivos en la opinión pública mexicana y, sobre todo, en la norteamericana. Sin embargo, la prueba de su verdad está en la realidad cotidiana. En esa realidad, que lo mismo se presenta en la destrucción de lo poco que queda de bosque en el Distrito Federal, que en la increíble suciedad de su aire. Es la realidad de la contaminación de prácticamente todos los ríos mexicanos y de sus playas. En la realidad de una tala y una erosión que avanza por los cuatro puntos cardinales. De especies animales que se extinguen o de plano ya desaparecieron.

En conclusión, en México la ecología —el delicado equilibrio entre los organismos y su ambiente— no ha bajado de las alturas del discurso a la vida real. Y es urgente que lo haga, porque ya es tarde, muy tarde.